

ÁLVARO MUTIS: ITINERARIO POR EL RELIEVE DEL VACÍO



Álvaro Contreras

*y prendemos fuego a nuestros ojos
para vernos el hueco del alma*
E. Sifontes

En un trabajo de 1965, Álvaro Mutis¹ señala algunos rasgos que definen la desesperanza, texto que abre líneas temático/ideológicas interpretativas de su producción literaria posterior. Estos rasgos serían cinco: lucidez, comunicabilidad, soledad, relación sin asombros con la muerte, y, a su vez, una no desesperanza.

Estas características que definen al sujeto desesperanzado se mueven en un espacio denso, paradójico de relaciones que se cruzan y de varias implicaciones: una mayor lucidez conlleva la pesadumbre de una mayor desesperanza. “El desesperanzado no *espera* nada, no consiente en participar en nada que no esté circunscrito a la zona de sus asuntos más entrañables” (p.192), dice Mutis. Estas relaciones -lucidez = desesperanza, lo personal como espacio único de la espera posible, y su celebración correspondiente de una desconfianza por cualquier forma esperanzada del mundo o de la existencia humana-, estas relaciones, repito, apuntan a la construcción de un destino con base en gustos y preferencias personales, pues la definición de cada uno esos conceptos se elaboran en oposición a una “demás”, un “otro” que nos remite a las convenciones sociales.

¹Las referencias al texto de Mutis están tomadas de la siguiente edición: Álvaro Mutis, “La desesperanza”. en: *Obra literaria. Prosas*. tomo II, Bogotá, Procultura, 1985. pp.189-203.

Del segundo elemento de la desesperanza, la incomunicación, dice Mutis que “siempre será confundida por los otros con la indiferencia, la enajenación o la simple locura” (p. 192). Ese otro que funciona como una mirada legal, que sanciona y enjuicia sobre la base de un esquema binario, cruzado por una moral cristiana -bueno/malo, luz/sombra-, sí propone una esperanza de realización social siempre aplazada, mera virtualidad. Tendríamos entonces, por equivalencia opuesta, un sujeto -el desesperanzado- que define -vive- su vida por -para- la inmediatez de sus actos, que cree en la esperanza personal, inmediata, aquella que se liga a los sentidos y es entendida como un goce primero, nunca pospuesto.

Pero si desde esa mirada legal, que encarna la visión de las normas sociales, el desesperanzado es definido como un extraño, loco, asocial, la propia visión de sí mismo no ofrece mayores perspectivas: es un sujeto constituido por la paradoja, con una conciencia escindida, atrapado en la discontinuidad y la fragmentación: saberse lúcido y -sentirse- sin escape. Pero ¿lúcido y desesperanzado, no oponiéndose, se definen en relación a qué o quién? Lo primero podría apuntar a una fuerte realización subjetiva, proyectando una relativización ética y un sistema de valores definidos desde una instancia subjetiva, mientras el segundo guarda un espacio en esa “mirada social”. Este sujeto se siente y se sabe enmarcado por la lucidez, podríamos decir, convencido y afianzado en su sistema de valores -personal e inmediato- frente a sí mismo, pero desesperanzado frente al “otro”-. De ahí su soledad, su errancia. Pero también es gracias a ese sentido particular de la vida lleno de irrefrenable fantasía -el otro sentido correspondería a una razón de extremada vigilancia- como Ilona permite la cercanía afectiva de Maqroll y Abdul Bashur: forma centrífuga de allanar el círculo de normas donde se mueven “los otros”. Habíamos dicho que ese “otro” es sólo realización virtual, y precisamente es frente a esta virtualidad, definida como posibilidad de ser feliz, que se asume como desesperanzada la lucidez de Maqroll.

Entonces hablaríamos de un sujeto *conflictual* que se mueve en el mundo por su relación contradictoria con él: “el triunfo lo mata” (p. 197), lo que es lo mismo, la lucidez o la esperanza, triunfo, esperanza. Lucidez, que al no ser interiorizados como valores esenciales para su proyección de vida, imponen, del otro lado, un vivir “aquí”, un “ahora” que no permite perfilar los actos como búsqueda de valores o logros sociales, si no más bien postular una existencia para el presente donde se experimenta la felicidad; un

proyecto de vida dirigido a la inmediatez, sin grandes diseños, una vida en sí misma, con sus propios principios trazados en función de sus personales y “caprichosos diseños”, y que sin embargo plantea una experiencia de lo que somos:

Siempre he pensado que a estos periodos de catastrófica secuencia de infortunios no hay que darles un sentido trascendente de fatalidad. Nunca he creído en eso que las gentes llaman mala suerte... Pienso que se trata de un cierto orden, exterior, ajeno a nosotros, que imprime un ritmo adverso a nuestras decisiones (*Ilona...*, p. 35).

El deambular de Maqroll recoge para un presente todas las experiencias (políticas, sociales, sexuales, truhanescas), pero también todas las contradicciones, y hasta aquello inmanente al propio vivir, la muerte.

Frente a la lucidez trasmutada en acto consciente de saberse sin “ninguna misión ni sentido sobre la tierra” se revela la desesperanza. Mutis lo confirma muchos años después:

De Lecumberri salí convencido, para siempre, de que ningún hombre tiene el derecho a juzgar a otro hombre por cuenta de esa mentira que son las leyes, y los códigos, y en definitiva una justicia que debió inventar gente que había perdido la noción de lo que es el ser humano (...) Y aprendí a aceptar las cosas como nos las va presentando la vida, a saber que nada finalmente es grave, y que aun en medio de las peores condiciones siempre existe la posibilidad de gozar (Fernando Q., pp. 101-102).

Ser sin rumbo cierto

La desesperanza se vive como un encierro, un orden sin salida, donde somos objetos de una corriente extraña, exterior a nosotros, y que borra el sentido al vivir, o mejor dicho, se vive sin asidero y sin destino. Es aquella expresión de “lo fatal” evocada por Dario: aquel árbol afortunado “apenas sensitivo”, aquella “piedra dura” que nada percibe, ese dolor de “ser vivo”, y la “pesadumbre” por/de un vivir consciente.

No es extraño, entonces, que en estas circunstancias el azar abra un

paréntesis extenso en la vida de estos personajes y se extienda como un arco secreto por encima de cualquier determinación. En los dominios del azar vive la casualidad, lo fortuito y el énfasis en lo efímero, y cualquier forma de asombro estará sometida a su propia negación.

Contra los sobresaltos de la pasión, la vida lineal; contra la resignación sedentaria, la máxima variación de movimiento. Cualquier posibilidad de restricción está de antemano desdibujada en esa aspiración de vida que rechaza lo prefigurado y se contenta en la dilatación de los límites. En esa contemplación de los opuestos perdiendo sus fronteras, el esfuerzo por encontrar la *razón* de lo disímil y potenciar nuevas relaciones, subsiste una visión donde nada es definitivo, y la constante certidumbre por no regular la vida cotidiana, la aceptación resignada de la desesperanza; el azar no absuelve. Lo contrario: vida y azar se reclaman como sinónimo eficaces: “¿Por qué, a menudo, el azar se empeña en adquirir el acento de una sobreacogedora llamada de los dioses?” (*Abdul Bashur...*, p. 11).

En este marco se despliegan en todo su rico tejido signifiante, los textos de Drieu La Rochelle (pp. 193-196) y Fernando Pessoa, citados por Mutis (pp. 199-200).

Cierta producción narrativa de Mutis convoca una reflexión de claras implicaciones ideológicas.² Si en la forma de su configuración el relato decimonónico presentaba un drama romántico de la redención, donde las vicisitudes eran requisitos para el final feliz, algunos textos narrativos de Mutis operan sobre ciertas estrategias que excluyen cualquier forma de aporía-bien/mal, vicio/virtud, mentira/verdad-para colocarnos así frente a una prueba desgarradora: la posibilidad de encontrar como inadecuada la conciencia y la voluntad humana para escapar del mundo, o lo que es lo mismo, sentirse objeto y no sujeto de la historia. Declaraciones recientes de Mutis así lo confirman:

Creo que estamos viviendo entre ruinas y entre muertos (p. 36); no me interesa la historia como proceso de desarrollo de una determinada cultura (p. 45); la historia es un desorden y un caos (p. 48); verdaderamente hay que pensar que tenemos vocación de muerte (García Aguilar, p. 50).

²La elaboración de este trabajo ha tomado en cuenta principalmente la publicación de sus últimas seis novelas: *La nieve del almirante* (1986), *Ilona llega con la lluvia* (1987), *La última escala del Trapm Steamer* (1988), *Un bel morir* (1989), *Añirbar* (1990) y *Abdul Bashur, soñador de navíos* (1992).

Hablando de la desesperanza dice que "Es una actitud resignada, una aceptación plena del destino" (p. 22), "una desesperanza aceptada plenamente sin rebeldía ninguna (p. 23).

Afirmar que todas las ideologías son construcciones falaces es una posición no menos ideológica que afirman su adhesión directa a una de ellas. Es la negación de cualquier orden de reconciliación (con los hombres, con la sociedad). Pero esa sociedad no es menos indiferente ante el drama humano. Tenemos, entonces, planteado el problema en dos polos hombre/sociedad, donde uno actúa sobre el otro hasta el detrimento (la sociedad sobre el hombre); cualquier vislumbre de reconciliación se dará en los predios de la resignación. Dentro de todo ello subyace el deseo de no calificar los actos personales dentro de las normas de lo preestablecido socialmente, de que nuestras respuestas no sean planificadas.

Hablamos de una negación de la reconciliación, pero antes se debía aclarar que esto supone una negación del *conflicto*: no hay entidades en choque porque la una desconoce la otra, aunque ambas se reclamen para negarse; no hay posibilidad de diálogo porque desaparecen los sujetos de la cadena comunicativa. Responde a la "noción de progreso" como una "gran tartufada inventada en el siglo XVIII", esa concepción de que no "vamos a ninguna parte", de que estamos en el "abismo" (García A., p. 47), plantea la elaboración de una idea de la historia cuya visión es recurrente, estática, sincrónica, y que no toca alguna forma de posibilidad de transformación. Así también lo expresa el narrador de su novela *La última escala del Tramp Steamer*:

Los hombres -pensé- cambian tan poco, siguen siendo tan ellos mismos, que sólo existe una historia de amor desde el principio de los tiempos, repetida al infinito sin perder su terrible sencillez, su irremediable desventura (p. 108).

Por ello, más que de una conciencia trágica podríamos hablar de una conciencia irónica de la existencia humana expresada en un escepticismo en el pensamiento y un relativismo ético.

Esperanza, posibilidades, verdades, todo ello es aprehendido en la visión irónica como, fatuidad, delineando sus tonos de esperanza sobre cualquier elaboración "superior" de conocimiento; es la pérdida de *fe* en el lenguaje;

en su capacidad para denotar como consecuencia del alcance autocrítico, en la manera de conceptualizar el mundo de la experiencia. Así,

Maqroll partía de la convicción de que todo estaba perdido de antemano y sin remedio. Nacemos ya, decía, con vocación de vencidos. Bashur creía que todo estaba por hacer y que quienes en verdad acababan como perdedores eran los demás (...) Maqroll no tuvo jamás lugar sobre la tierra. Abdul... añoró siempre el aduar que lo acogía con el calor de los suyos. Maqroll fue un lector devorante... le gustaba así confirmar su pesimismo sin salida sobre la tan traída y llevada condición humana... Abdul jamás abrió un libro... No creía en los hombres como especie pero daba siempre a cada uno la oportunidad de probarle que estaba equivocado (*Abdul Bashur...*, pp. 49-50).

BIBLIOGRAFÍA

- García Aguilar, Eduardo, *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Álvaro Mutis*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993.
- Mutis, Álvaro, *Ilona llega con la lluvia*, Bogotá, Norma, 1992.
- , *La última escala del Tramp Steamer*, Bogotá, Norma, 1992.
- , *Abdul Bashur, soñador de navíos*, Bogotá, Norma, 1992.
- Quiroz, Fernando, *El reino que estaba para mí. Conversación con Álvaro Mutis*, Bogotá, Norma, 1993.